

El naufragio de la cultura y la crisis

Manolo GOÑI*

En un mar revuelto, picado por la tempestad de los vaivenes económicos, dos hermanos, Creíque y Penseque, debaten a qué puerto conducir la barca de la cultura. El viaje resulta a ratos ajetreado y peligroso; también tiene momentos más tranquilos en los que Creíque y Penseque aprovechan para charlar sobre lo uno y lo otro. Cuando el mar se pone de uñas, se precisan decisiones rápidas, y el golpe de remo más certero de uno u otro remero resulta decisivo para que la embarcación tome una ruta segura, vaya hacia un sitio u otro, o en el peor de los casos se quede en un tris de irse a pique.

Ni siquiera al comienzo del viaje, antes de la tempestad, se pusieron de acuerdo los dos hermanos sobre qué rumbo debían tomar. Eso no tiene nada de raro, porque ambos tienen ideas muy personales de lo que es y significa cultura. De los dos hermanos, el más incondicional de la cultura es Creíque, aunque curiosamente es él quien piensa que la cultura no tiene por qué ser “buena” por definición. La cultura, en su opinión, se ha usado muchas veces como instrumento para controlar, para marcar territorios sociales y nacionales, para levantar barreras que apuntalasen las injusticias interesadas de la historia (desigualdades sociales, sexuales, religiosas...). No, desde luego que no: no toda cultura es honesta y respetable. En realidad Creíque no ha encontrado una definición certera de cultura, pero sí que hay algo en lo que cree a pies juntillas: en que la cultura debe ser algo que haga bien y sea útil para la humanidad, en el sentido más amplio de ambos términos (bien y humanidad).

83

Penseque, por su parte, acostumbrado a hacer alarde de posmodernidad por los salones del canapé y el *chardonnay*, enarbola la bandera interesada de que en cultura todo vale, que no existe criterio, en consonancia con el desbarajuste que es el mundo que vivimos y del que la cultura no es sino un fiel reflejo. La cultura es inútil, dice Penseque, y en su inutilidad reside su fuerza. Y como no sirve para nada, efectivamente, no hace mejores a las personas ni les vale para otra cosa que para pasar el rato y, en el mejor de los casos, para hacerse los interesantes. De ahí se deduce la inutilidad, por ejemplo, de enseñar literatura o historia del arte en los colegios e institutos. Mejor les compramos ordenadores a la chavalería y que aprendan a hacer *powerpoints*, que eso sí que les va a valer para algo. Y es que, si a fin de cuentas la cultura no sirve para nada, ¿para qué perder en ella un tiempo y unos recursos preciosos que podemos aprovechar para aprender algo realmente útil, esto es, algo que nos diga cómo ganar más dinero o nos sugiera nuevas formas de gastarlo?

* Director de la Casa de la Juventud de Pamplona

Así pues, no merecería la pena gastar ni un duro en cultura según Penseque. Y para apuntalar su afirmación, pone un ejemplo: nadie en su sano juicio montaría una exposición plástica que costase un potosí cuando nos estamos cuestionando la conveniencia o no de hacer mamografías dentro del sistema público de salud. En este caso Creíque y Penseque están de acuerdo. Pero Creíque, que es menos calculador, tiene una objeción que hacer. Él cree que importa también cómo se reparten las cosas y dónde; y opina que contraponer cultura a salud es un truco malintencionado, porque también se podría contraponer salud a fútbol, salud a autovías o salud a portaviones. Ante la salud, como prueba el experimento, cualquier cosa que se ponga por delante se afea y sale perdiendo. Creíque sabe además que en esto hay un órdago fuerte sobre la mesa, un órdago que se queda para quienes se dedican a administrar. Porque con la que está cayendo administrar se ha vuelto una tarea muy dura. La palabra procede del latín, donde tenía un significado brillantemente esclarecedor: administrar, en latín, significaba ni más ni menos que "repartir". Y repartir es dar a cada uno lo suyo, lo apropiado, lo que necesita, lo lógico, lo que dicta el sentido común, ni más ni menos. Pobres de aquellos que tengan entre sus competencias administrar en este mar tormentoso y cambiante, quien tenga que decidir entre maestros, mamografías, portaviones u olimpiadas. Hasta hace nada qué fácil era decir que sí a todos, sonreír y que te devuelvan la sonrisa, porque la administración tenía una gallina de huevos de oro que se nos ha quedado clueca. Así que ahora toca echar la mano a un cesto donde solo queda un puñado de huevos con los que a duras penas llega para hacer una tortilla pequeña, una tortilla que no da para que se llenen la panza todos.

84

Mientras Penseque escucha meditabundo, Creíque se pone a remar más animadamente mientras sigue con su discurso. Le recuerda a su hermano Penseque que la cultura no comporta solo gastos, sino que también genera riqueza. Más o menos el 5% de PIB español y 800.000 empleos. Eso en España, claro está, pero resulta que esas cifras se quedan pequeñas si se comparan con las que arrojan países con las vacas más gordas. Aquí Penseque discrepa con su hermano: en los países con vacas más gordas es normal que las cifras sean superiores. Lógico: si la vaca es más gorda, podemos hacer con ella *delicatessen* lácteas, pero ahora mismo contentos si nos llega para yogures. Creíque, sin embargo, acepta que las vacas gordas pueden ser la causa, pero intuye que también pueden ser la consecuencia. Esto es, que un país no genera más cultura porque es más rico, sino que genera riqueza precisamente porque es más culto.

Por un momento parece que Creíque se ha hecho con el gobierno de la embarcación. Pero un golpe de viento obliga a la oportuna colaboración de Penseque, quien ahora toma la iniciativa con el remo. Las cifras de Creíque no le convencen del todo; le gustaría saber de qué se habla cuando se habla de ese 5% del PIB. ¿Solo de libros y de museos? ¿O se incluye también ahí Port Aventura y los *reality shows* televisivos? Penseque sabe que sobre la cultura planea una sombra espesa y mustia, la del mero entretenimiento, la del panem et circenses latino, y que muchas veces se meten en un mismo saco cosas muy dispares. La cultura ha estado flirteando muchas veces con dos novios poco recomendables: el esnobismo y el espectáculo. Habría que ser menos permisivo con ella, ponerle horarios estrictos para volver a casa y encaminarla a que se relacionara con amistades más recomendables.

Creíque tiene mucho que decir sobre esto. La cultura en la que él cree es una cultura con mayúsculas, que se aleja por igual del populismo facilón como del esnobismo incomprensible y premeditadamente oscurantista. No cree en la cultura para unos pocos. No quiere saber nada de esa cultura que, al igual que el organdí o los camafeos, constituía un adorno más de las clases pudientes, quienes consumían cultura igual que quien va en calesa o toma baños de ola en el Cantábrico. Tradicionalmente han sido las clases pudientes las que llenaban los teatros, las que iban a la ópera y las que compraban y leían libros. Se lo podían permitir porque eran las que contaban con el tiempo de ocio para ello y con los medios económicos para sufragárselo. Piénsese que a principios del siglo veinte un solo libro venía a costar lo que una buena mesa de salón, recia y de madera maciza, de modo que quien tenía una estantería llena de libros en casa tenía un tesoro en el más venal de los sentidos.

No obstante los dos hermanos, Creíque y Penseque, saben que todo esto ha cambiado mucho. Ambos coinciden en que el acceso a la cultura, al menos en nuestro entorno, está ahora afortunadamente más universalizado que nunca. A propósito de esto Creíque trae a colación una escena de la película *El indomable Will Hunting*, de *Gus Van Sant*, en la que el actor Matt Damon representa en la ficción a un pandillero de los bajos fondos que es un genio natural de las matemáticas. En la escena en cuestión se enfrenta a un pijo universitario en una batalla dialéctica sobre la historia de EEUU. El pijo universitario tiene una matrícula pagada por sus padres en una de las mejores universidades del mundo, con los mejores profesores. Y sin embargo Matt Damon, el chico de barrio, es capaz de sacarle los colores mostrando la falta de bases y lo manido de sus argumentos. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Gracias a haber acudido a los mejores colegios y a las mejores universidades? ¿Por haber asistido a clases impartidas por eminencias galardonadas con el Nobel? Pues no: lo ha hecho gracias, como él mismo dice, a un bono de transporte público y un carné de biblioteca.

85

A Penseque la escena que ha recordado su amigo Creíque le parece enternecedora hasta la lágrima, pero no por la emoción que le produce, sino por la candidez de su hermano. Disimulando, se asoma por la borda y se percata de que el mar se va poniendo más y más fiero, y en un fregonazo de realidad concluye que las películas son eso, películas. Por supuesto que es cierto que la literatura, el pensamiento, la música y el cine están ahora más a la mano que nunca gracias a una red de bibliotecas que habría que expandir y mimar, al igual que habría que expandir y mimar todas las posibilidades del sistema educativo y de otras infraestructuras culturales (cines, teatros, casas de cultura, casas de juventud, etc.), sin olvidar las oportunidades de acceso a la cultura que brindan las nuevas tecnologías. Y sin embargo, a pesar de las bibliotecas y de todo lo demás, los niños pijos lo siguen teniendo más fácil que los chicos de barrio, y toda esta tormenta que azota la barca de la cultura amenaza tristemente con que esta verdad se perpetúe, gracias a la menor inversión, al menor apoyo, a bibliotecas peor dotadas y a colegios menos atendidos. Penseque ve ahora el mar que se abalanza sobre ellos, las olas altas y furiosas, y no sabe muy bien qué final tendrá todo esto, aunque sus presentimientos no son buenos.

La situación, efectivamente, parece ir a peor. Ésa es otra de las cosas en la que los dos hermanos están de acuerdo. Recuerdan ahora con añoranza el mar calmo de años atrás, cuando

el cesto de huevos era un cuerno de abundancia de donde no paraban de salir y salir subvenciones, monumentos y fastos culturales. Quién sabe si esta tormenta de ahora no servirá para hacer limpia de toda aquella hojarasca y después nos traerá una forma más racional y verdadera de entender y difundir la cultura. Porque la fiesta del dinero y el crédito fácil también tenía sus sombras. Los libros, ya al alcance de la mano, parecían haberse convertido en objetos poco interesantes, especialmente para aquellos que querían seguir siendo cultos de forma exclusiva. ¿Cómo se podía hacer cultura con todo ese dinero? Pues creando cierto tipo de perversión cultural, algo que costara mucho y que diera mucho relumbrón. De modo que ahora mismo ya no basta con haber leído a Séneca o reconocer el Réquiem de Mozart para pasar por culto. Todo eso, que no dejan de ser inocentes pasatiempos gratuitos, pierde su brillo ante la pujanza de los nuevos y caros tótems culturales, como la comida de autor, la ropa de diseño, los viajes exóticos o el *gadget* tecnológico más *cool*. Se ha extendido la idea de que una persona culta es necesariamente una persona viajada, o una persona que sabe distinguir un Pertegaz de un pantalón de Zara, que sabe apreciar una despatarrada perdiz deconstruida o que está a la última en aplicaciones para su *smartphone*. Y todo, todo esto tiene un elemento común: siempre cuesta un dinerito. Ser culto, nuevamente, vuelve a ser sinónimo de tener dinero que gastar. Leer a Séneca viste menos que un Pertegaz o que un viaje a Cancún. La cultura convertida en gran negocio, pero curiosamente el negocio está en la cultura (con minúscula) y no en la cultura (con mayúscula). Todo el mundo se reiría del pobre

86

Will Hunting y su carné de biblioteca, con el que se tiene acceso a más libros, discos o películas de los que nadie puede leer, escuchar o ver a lo largo de una vida.

La cultura (con mayúscula) ha dejado de ser un tótem accesible tan solo para las clases pudientes y sin embargo las clases pudientes, como ha sucedido siempre, buscan ser exclusivas, inaccesibles, porque si no, ¿para qué querrían el dinero? Quién sabe si ahora estamos a las puertas de que nuevamente toda esa cultura que habíamos logrado repartir vuelva a ser exclusiva de quienes puedan permitírsela.

Recordar todo aquello le pone triste a Creíque, que observa con inquietud cómo el agua va cubriendo el fondo de la barca. Qué ocasión perdida la de aquellos años. Él hubiera querido una apuesta por una cultura de verdad, aquella que es útil y hace bien a la humanidad. Una cultura elitista, pero no dirigida a las élites, sino a toda la gente. Una élite para todo el mundo, cimentada en las cosas más básicas: los colegios, los centros culturales, las bibliotecas... Claro, claro, le responde condescendiente Penseque, y le recuerda la bacanal de gasto en esnobismo por un lado, que había cubierto de oro a un puñado de espabilados, y el *panem et circenses* por otro, como forma de tener contentos a todos los que votan en las elecciones.

Ante eso Creíque calla un momento, para arremeter al poco con una declaración de fe: su esperanza de que la tormenta que les atosiga peligrosamente, tomada por su lado bueno, pueda convertirse en una lección aprendida. Así lo piensa Creíque, que intenta seguir remando con ganas, aunque nota ya que las fuerzas y el ánimo empiezan a fallarle. Ojalá que tras el sacrificio se haya aprendido lo fundamental: que no es cultura todo lo que reluce, y menos la que lo hace solo al brillo del vil metal; que no nos hace más cultos ni mejores gastar más o en cosas más grandes. Creíque sabe que es más importante el bibliotecario que un estadio lleno para un concierto subvencionado de Lady Gaga, más el trabajo de un profesor con sus

chavales que una macroinstalación artística de vanguardia, que las herramientas más fundamentales para hacer cultura no llevan ladrillo ni cemento ni necesitan presupuestos astronómicos. La cultura así entendida es en realidad un proyecto más que asumible, con ventajas y frutos jugosos para todos. Penseque —que ha dejado de remar— no contesta ya a su compañero. En la cabeza lleva la idea de que las lecciones aprendidas son siempre pocas, y que si algún día el cuerno de la abundancia vuelve a manar, quizá lo haga para nutrir otra vez el esnobismo y el *panem et circenses*, porque un lote de libros, a diferencia de un bloque de cemento, no se puede inaugurar. Y que nadie, en consecuencia, va a dedicar dinero ni esfuerzo en nada que algún día no se pueda contar que se ha hecho cortando una cinta ante un enjambre de sonrisas paniaguadas y relucientes flashes fotográficos.

A estas alturas del viaje Penseque y Creíque ya no tienen esperanzas de alcanzar ningún puerto. El mar sigue haciendo de las suyas, cambian los vientos sin cesar, cambian las corrientes, y ellos no saben qué pensar ni qué hacer. Toda esta palabrería no les ha valido para nada: las olas, gigantescas y arrolladoras, imponen su rotundidad y les obligan a callar, a sumirse en un silencio final. Pero antes de eso, antes de callar para siempre, tienen un último recuerdo para su hermano Tonteque, quien siempre ha opinado que hablar o dejar de hacerlo sobre éste u otros asuntos lo mismo da, porque las ideas acerca de lo uno o lo otro, de aquello o de lo de más allá, no dejan de ser sino ficciones, un variedad de género literario. Por eso Tonteque, el más aventajado de los tres hermanos, no se subió a esta barca: sabía desde el principio que esta batalla la iba a ganar el mar.